

Jorge Díaz Herrera

Se vuelve flor
lo que no vuelve



En otra piel

Es un muchacho alegre que no ríe. Canasta
al brazo pasa y pasa ofreciendo el regalo
de un sabor, el de sus tamales calentitos como la llama
del fogón. Echa atrás la cabeza para espantar
los cabellos que se le vienen a la frente,
que se le derraman de tanto andar. Cumplió su sueño de nacer,
de venir a darse una vuelta por el mundo
como si un niño subiera a un carrusel. Nadie lo ve
cuando se mira al espejo y llora de ser lo que es.
Por dentro de la piel del pecho viste una blusa de seda y unas pestañas
De maniquí. Quiere arrojar de sí el músculo
ese que no lo deja ser la muchacha adornada
de encajes, la muchacha buena, la de su casa,
o aunque sea la de la calle, la fácil. La ella
y no él. Canasta al brazo infatigable
se ve arropado por el viento ofreciendo tamales calentitos,
sintiendo que al hacerlo se ofrece él. Y nadie ve
en su gesto de muchacha esa lágrima de no ser una flor
de doncella que nunca podrá ser. Lo ven con sus tamales bajo
el brazo Y pocos saben de la alcoba donde reina coronado
de princesa, con piel de trapo de colores y unas ganas inmensas
de salirse de él, de encaramarse en cuerpo y alma en el retrato
de la dama de la pared. Y escupe al espejo y gime y baila
y ya no sabe qué. Pobre muchacho perdido en otra piel.
El sabe muy bien por qué los granujas le gritan:
Tamalera.
Él lo sabe muy bien,
Condenado al antifaz perpetuo
De esa piel
Que nunca será
la piel de la muchacha del espejo y la pared.

La piedra que yo miro

Si el ave rebuznara, si el asno trinará, si el
hombre no dijera nada. Ya no sería el
ave. Ya no sería el asno.
Ya no sería el hombre.

Epicteto

Esa piedra que está junto a otras piedras, ¿desde cuándo
estará? Esa piedra que palpo con la mirada
a sabiendas que nunca alcanzaré
su eternidad. Esa piedra me lleva a otras
piedras, a la última, a la primera, a la que nunca
veré. En esa piedra (pienso) duerme la cifra
del misterio,
del misterio de esa puerta que nunca sabremos
si da hacia la entrada o la salida.

De esa puerta tenaz como esa piedra.

Esa piedra está ahí
junto a otras piedras para hacernos oír
el silencio infinito que seremos
allá.

Esa piedra inmóvil, perpetuamente inmóvil,
camina dentro de mí. Me roe hasta el hueso final
y vuelve a su quietud como si nada malo hubiera cometido.

Aunque, en verdad, no es culpable de maldad alguna.

Soy yo quien la ha inquietado a ser
lo que ella no es.

Esa piedra podría haber sido un pájaro (o quizá lo fue) o un hombre
(o quizá lo fue) o simplemente nunca dejó de ser esa piedra junto
a otras piedras. ¿A qué viene tanta faramalla contra el silencio
que nunca dirá nada? ¿A qué viene este afán si no al misterio
que nos cerca

en la oquedad perpetua de la incógnita?

Si cogiera esa piedra que está junto a otras piedras
y la arrojara al mar,

sería como matar a un hombre,

al hombre que ya no verá jamás la piedra que arrojé.

El silencio

en la piedra (ese silencio duro, sempiterno)
es el canto del ave, el rebuzno del asno, la palabra del hombre
en su continente exacto cuando apáganse.

Esa piedra que está junto a otras piedras me ha mirado
y está dentro de mí como en su casa:

Habla que te habla,
Habla y habla.

Los marineros de la orilla

Los marineros echados de sus barcos miran el vacío
del mar, parlotean acerca del bullicio
que se fue más allá de la ola lejana donde se acuesta el sol.
Recuerdan que navegaban, más no recuerdan cuando dejaron
de navegar. Fue todo tan de repente que no hubo tiempo
de mirar el reloj. Se vieron de pronto con el olor del mar
hasta en los huesos, pero ya sin el mar. Ahí,
como peces varados zurcen sus recuerdos
con más entereza que a sus banderas rotas.
Bien pudo alguno de ellos ser el capitán
pero ya no.

En los escombros no hay jerarquías. Todos habitan
en la misma línea codo a codo, oyéndose uno a otro contar
la misma historia. Parloteando la misma historia para resistir
las tempestades del olvido. Los marineros viejos miran de memoria
el mar. Miran con ojos abiertos o cerrados, ¡qué más da!

No cabe duda que hay fatigas
y muchas ganas de tenderse a descansar. Mas los marinero
sin barco se resisten a enmudecer sus sueños y siguen
navegando como antes de esa brisa que hoy pesa más. Tercos
contra la herrumbre, levantan anclas y se van y vuelven
y se van. Poco les importa que sea ya sin remos,
sin olas, sin horizontes. Los marineros sin barco, en los crepúsculos alumbran con
sus miradas

el cielo de esos tiempos, el mar de esos tiempos, las playas
de esos tiempos, aposentados en la arena, cabellos
alborotados por el viento de esa brisa que aman.

Que aman como al primer amor.

Los marineros viejos se resisten a enterrar su corazón.

Solo un consejo

Óyeme. Que de algo puede servirte
esta ilusión.

No vaya a acometerte la desdicha de ser
torero. Ese oficio de bailar en la plaza
con tu traje de luces, de luces que no alumbran
ni en la más remota oscuridad. Ese oficio de bailar
con la muerte de la bestia
que vas a matar.

¿No sabes acaso que todos los mortales tenemos
nuestra propia manera de morir?

¿Por qué entonces al toro, que no te hace nada, le vas a quitar
esa gracia, que quizá será su única ilusión?

No cometas la crueldad de ser el matador
del ruedo.

Del ruedo con graderías donde los ojos con boletos
aplauden la matanza. La matanza a pausas
del toro.

A pausas, para que su agonía sea larga y les dé la satisfacción
de aplaudir.

Óyeme, que de algo puede servirte este consejo
cuando entres a la vida con tus pies.

No caigas en la tentación de alardear de tu heroísmo con valentías ajenas,
la del toro, que si no pudo matarte es porque no es
un matador.

Consulta la elección de tu destino
con tu propio corazón.

No vaya a acometerte la desgracia de vestirte apretado
como una pispireta en zapatillas y andar de pavo
real afilando tu espada contra
el toro. No te dejes acometer por la tentación de ser
torero. Te lo repito. No cometas la crueldad de quitarle a la vaca
su toro a pedacitos y frente a todo el mundo
humillando su bravura.

Contéplate al espejo. Ve tu figura humana, en órbita,
En este planeta que gira para que vivan todos:
El toro
Incluso el matador...

Atasco

¿De dónde (y a qué) viene
la palabra que aletea en mí y se enterca
negándose a salir?
¿De qué ausencia se trata? Ausencia que duele
como si me negara quien amo un abrazo.
¿Dónde está? ¿Cuál es el nombre de este sentir
que llega y me alborota como una culebra en el bolsillo?
Qué poco vale la voluntad de la carne ante la voluntad
del verbo. Ínfima de fortaleza como una pluma sin ala
en el infinito.
Pobre poeta ajeno a su propio abecedario que afila el músculo
pero no el tintero.
Me lamento de mí y me enciendo de mí y brama
la fiera escondida en mis entrañas,
la fiera que se despeina de cólera
ante la hoja en blanco,
ante la lengua en blanco.
El infinito vacío de la palabra ausente.
La sensación anuncia pero no define. Es como un viento
pero es más que un viento. Es como un grito
pero es más que un grito. Quizá como un susurro o quizá
menos o quizá más.
Ah, la palabra esquiva como una muchacha esquiva que guarda
sus secretos.
Quizá más tarde.
Quizá jamás.
O quizá ya estoy diciéndola.
Cómo saberlo.
Ah, cómo saberlo.

El viejo pelícano

Arrastrando mis alas de viejo
pelícano
picoteo en los mercados
y mi hambre es más fuerte
que los escobazos de los mercaderes.
Peleo en los basurales
contra los rapazuelos hambrientos
y los locos.
Abro y cierro mi largo pico
y el aire es poca cosa para llenar
mi buche.
Mis plumas se derraman.
Un día me llevarán en un tacho de basura
seco y estirado
lejos del mar don de un día soñé
construir mi morada.

El jardinero

Qué daría, jardinero, por tener tu verdor
de jardinero. Por inclinar la espalda
tan solo por echar la yerba mala
del jardín. Por decirle al geranio no te mueras, a la rosa
no te mueras,
a la retama no te mueras,
al roble: tente en pie.
Y hacer lo posible y lo imposible porque la tierra tenga
el alimento
para florecer.
Cómo añoro tu afán de darle de beber a la yerba, de darle
de beber a las flores que no reclaman
nada, ni siquiera que las quieras
como una obligación.
Ah, la nube de tus ojos que te oculta la espina
y no el pétalo, que te muestra el verdor y no el desierto
donde paga su agonía el ilustrado

llevando a cuestas su piedra de señor.
Poco importa tus pies sobre la yerba de zapatos
puestos a secar. Poco importa, jardinero, la lágrima en el pájaro
del nido que cambiaste de lugar. Tu misión es podar, darle a la vida
el cuidado que merecen
los encargos de Dios.
Algo me dice, jardinero, que ocupas mi lugar,
esa estación tranquila donde el único tren
que pasa
es el tren.

Suele estar siempre con nosotros

A Juan Río Rey, el poeta.

De aquellos ríos hondos,
encrespados,
cimbreantes
tiene el sabor
tu nombre,
Juan de las mil edades.

Poeta solitario,
te acompañamos todos
los ríos
y los mares.
¿Dónde empezó tu canto?
¿Dónde empiezan los ríos?
¿Dónde nacen los mares?
¿En qué instante el ave
recibe sus cantares?
¿En qué trote el herraje
ya no parla?

Poeta solitario.
Raudal de soledades.
¿Dónde alistó el poeta
su equipaje?

¿Acaso en la primera
brisa
de aquella infancia
de la que al alejarte
jamás te has alejado?

Se me ocurre mirarte
trajín de un rayo
de sol
junto a la sombra.

Juan de las mil edades,
de las pláticas largas,
de los tantos caminos,
de los ríos
y mares.

Se me ocurre cantarte
y acaso sea el vano afán
de quien pretende
hacer que el río duerma
en un vaso de agua,

Se vuelve flor lo que no vuelve

Hablo de Antonio Claros, el poeta.

Antonio, te oigo en los verso que aún no escribiste,
los cielos que mirábamos.
Poeta. Hermano de los días que aún no acaban.
Me dio la noticia, Eva, tu mujer,
a quien amaste en varios rostros.
No sé qué hacer, dónde poner el cariño que nos queda.
Te veo, hermano, bajo la lluvia.
Yo torpe insistiendo caminar por el aguazal, gozoso de un paraguas viejo,
sin advertir la orfandad de tus zapatos.
¿Qué hacer en las calles de Madrid?
La vida es una burbuja. Y yo aún en mí, quizá a punto.

Querido Antonio, se vuelve flor lo que no vuelve.
Caminábamos, ¿te acuerdas?, asombrados de las cosas
que nadie veía.
¿Y ahora? Ya no. Ya solo en este pueblo donde hoy me escondo
de mí mismo. Escribo, leo, digo: ¿qué habrá donde te has ido?
¿El violín de tu padre seguirá cantando a dúo con el órgano del templo?
¿Será allá, donde hoy eres, el tiempo un reloj varado?
Querido Antonio, no vayas a enojarte conmigo, ausente al despedirte.
Remaba a la otra orilla del mar, del mar aquel, ¿te acuerdas?,
el de los caballitos de totora.
Hoy creces en tus huellas
más de lo que imaginabas.
Yo sé que me esperas a la vuelta del infinito, aquí nomás,
donde oíamos a las flores hablar.
No te olvides, hermano. Haznos recordar que aún vivimos,
para que estés entre nosotros.
El silencio, la tranquilidad que buscabas huyendo
hasta de tus propias entrañas, es el lugar donde hoy habitas.
Te queremos, hermano. Me preguntan por ti como cuando te preguntaban
por mí.
No se te vaya a dar por irte aún más allá.
Y, como me decías en tu última carta, la memoria no dé para tanta distancia.
En el borde, un abrazo
como quien se despide para volver.
Te has llevado, Antonio, mucho de mí y me has dejado mucho de ti.
Estamos a la par, hermano. Sin deudas, frescos como el mar
de Huanchaco.
Te esperaré en esa playa. Puntual,
fiel a tu terca manera de pastar el tiempo.
Tu viaje me ha fatigado, y estoy herido de ti, herido de mí, herido de
todos
los que aún nos quieren.
Bien sabes, Antonio, que seguiremos forasteros
perros sin dueño por las calles de Madrid.

Entre guitarreros y guitarras

En el amor todo cuenta. La sogá

Al cuello. La golondrina. La parda lagartija.
El jadeante ascenso y el plácido suspiro. El anillo
En el dedo. El dedo sin anillo. El recuerdo.
El olvido. Y otra vez el recuerdo. Y otra vez
El olvido.

El sabio amor todo lo sabe. El ingenuo amor
Todo lo ignora. A veces brama. A veces
Ni respira. Morir. Resucitar. Partir
Y retornar y otra vez partir. Nunca se sabe.

El inconstante amor. El insondable.

El rebelde

Nadie ignora que apresaron al rebelde, y aún hay quienes tienen en sus pupilas la imagen de la familia encadenada, casi arrastrándose, en esa procesión de oprobio que hacía a los señores y sus mujeres reír al ver pasar el cortejo de cautivos arreados a latigazos como bestias, empapados de las mugredades que los sirvientes, por orden de sus amos les arrojaban. Desde los balcones de la plaza grande y aún arremolinados en derredor del sacrificio, los amigos del virrey aplaudían el espectáculo. Se indignaron al ver que los caballos a los que ataron los miembros del rebelde, para que lo descuartizaran, trotaban en vano en el mismo lugar, no obstante, el foete de los verdugos exigiéndoles que corrieran. Entonces buscaron la manera de darle muerte a trozos, antes habían hecho lo mismo con su mujer y los hijos. El escarmiento tenía que ser ejemplar. Eso lo saben todos, desde los niños que han oído esa historia en la escuela hasta los abuelos que, por más que sacuden la cabeza, no pueden olvidarlo. Pocos, sin embargo, saben que la anciana que sirvió de partera para el nacimiento del rebelde, los momentos del sacrificio, chacchaba coca implorando a sus dioses que, si no les había sido posible evitar la crueldad de los vencedores, al menos tuvieran piedad de tanto dolor y cayera sobre los matarifes la venganza. El Virrey, ya viejo e inútil, castigado por el tiempo, retornó a la metrópoli. Todos ignoran que no murió de muerte natural y en paz, como su mujer e hijos afirman. Nunca sabrán que su agonía fue una noche larga, interminable, en la que el Virrey veía en sueños a una enorme serpiente de dos cabezas devorar una a una a toda su parentela y luego enroscarse en el pescuezo hasta dejarlo sin alma.